



Historias cautivas, versos libres

Pabellones literarios



EDITORIAL
UCALP

Colección
**VOCES
DESDE
DENTRO**

Historias cautivas, versos libres

Colección
**VOCES
DESDE
DENTRO**

Historias cautivas, versos libres

Pabellones literarios

Duarte, María Eugenia

Historias cautivas, versos libres : pabellones literarios / María Eugenia Duarte ; Alicia Noemí Rita Boco ; Agustina Nahir Rosales ; compilación de María Eugenia Duarte ; Alicia Noemí Rita Boco ; Agustina Nahir Rosales ; prólogo de Roberto Alfredo Conti. - 1a ed. - La Plata : Universidad Católica de La Plata, 2023.
Libro digital, PDF - (Voces desde dentro)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3736-61-2

1. Narrativa. 2. Poesía. I. Boco, Alicia Noemí Rita. II. Rosales, Agustina Nahir. III. Conti, Roberto Alfredo, prolog. IV. Título.
CDD A860

Ilustración de tapa e interior: Carlos Cuevas

© Editorial UCALP

Diag. 73 N° 2137
C.P. 1900 - La Plata, Buenos Aires
editorial@ucalp.edu.ar
www.ucalp.edu.ar/editorial



Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

Índice

Relatos	13
Dije que sí, pero me arrepentí enseguida	15
Juan Díaz	
Cruz mayor	17
César Heredia	
El viejo cementerio	21
Enzo Castillo	
Buscando trabajo	31
Emiliano Ávila	
Domingo de abril	35
Juan Díaz	
Los tres árboles	37
Víctor Echavarría	
Aquella mañana	41
David Argañaraz	
Relato de la soberanía por Malvinas	43
Juan Díaz	
Semilla	47
Leonardo Gigena	

Como un rey	51	A Juan Gelman	81
Gastón Muñoz		Fernando Planes	
Soy alguien	53	Sí, te encontré	83
Daniel Moronta		Javier Fuentes	
Locura de amor en Calabacilla	55	“El Aleph” desde mis ojos	85
Ezequiel Zacarías		Martín Córdoba	
Una carta a Gandhi	57	Las golondrinas	87
Marcelo Romero Pont		Lucas Contreras	
La espada de madera	61	Fuego en Casabindo	89
Pablo Terceros		Horacio Paiz	
Amarte en silencio	67	Mito y realidad del 2 a 0	91
Martín Guzmán		Cristian Cabrera	
Por favor, que en la cancha estén	69	Humildad	93
Jonatan Da Luz		Luciano Duarte	
Poesías	71		
Del mar llega tu risa	73		
José María Bagnato			
En la isla misteriosa	75		
Darío Gaitán			
Si tú supieras, mi amor	77		
Ángel Argañaraz			
El enamorado	79		
Darío Gaitán			

Es un grato momento poder escribir unas líneas en carácter de prólogo de este gran libro. Primero, quiero agradecer a los que lo hicieron posible: entre ellos, la tallerista María Eugenia Duarte, que sin su ayuda no sería posible, y nuestro querido Capellán General Pbro. Carlos Pont Gasques por sus gestiones. Por supuesto, gracias a los escritores de esta variable producción: los Pabellones 7 y 8 de la Unidad 17, así como al personal penitenciario que hace posible las actividades en pos de las normativas vigentes para que una cárcel no sea un castigo.

Qué importante es que sean visibilizados y que sus palabras sean leídas por todos. No tengo dudas de que este es el camino. Como siempre sostengo, el conocimiento no ocupa lugar y genera poder.

Roberto Alfredo Conti*

* Juez del Tribunal Oral en lo Criminal N.º 7 de Lomas de Zamora. Impulsor del Programa Pabellones Literarios para la libertad.

A modo de introducción

La magia de la literatura es poder crear sentidos a partir de las palabras de otros.

Por medio de una historia, un cuento, un poema, nos escuchamos, escuchamos las voces de otros. Esas voces nos interpelan, y ya no son solo voces individuales, sino que forman un colectivo en el cual nos vamos llenando.

Reconstruimos esas historias ajenas, las hacemos nuestras, y nos inspiran a crear nuevas, para poder ser parte de otros. De ese otro que, al abrir un libro, nos lee y nos escucha. No estamos solos si alguien nos lee.

Por eso yo creo que los muchachos hicieron magia con algo tan humano como lo es crear sus propias historias.

María Eugenia Duarte

Tallerista

Relatos



SIEMPRE PUEDES
VOLVER A EMPEZAR

Dije que sí, pero me arrepentí enseguida

Juan Díaz

Dije que sí, pero me arrepentí enseguida. Aunque ya era tarde para arrepentimientos, logré sacar coraje de donde no existía, respiré hondo y comencé a avanzar lentamente por el vestíbulo sin mirar atrás. Con cada paso que daba, sentía como mi corazón se agitaba, mi respiración se entrecortaba; sentía como un sudor frío recorría mi cuerpo. Un paso más, cada vez más cerca de lo inevitable.

Ya no hay lugar para volver el tiempo atrás; pero si pudiera volver el tiempo atrás, nada de lo que hice haría de nuevo; no repetiría los hechos ni las decisiones que alguna vez he tomado; no me quedaría tan callado, ni guardaría en el fondo de mi alma los sentimientos que me he ido reprimiendo; no tomaría tantos recaudos; me arriesgaría más en mi vida; saltaría, correría, reiría más; discutiría por cosas sin sentido solo para reír; no sería tan serio ni tan calculador. Pero ya nada de eso será. Solo me queda avanzar.

Mis manos sudan, y mi corazón no para de latir rápidamente. El vestíbulo cada vez se hace más extenso; cada paso que doy es como que se aleja de mí; siento, de todas formas, como me voy acercando; el mundo sigue su curso como si nada ocurriera. ¿Pero acaso no ven lo que está por suceder!? ¿Acaso no se dan cuenta de todo lo que está por ocurrir?! Sigue cada cual en su lugar, sin notar que, en unos segundos, todo cambiará o, por lo menos, en mi mundo, ya no será lo mismo; en unos segundos, todo cambiará, pero es inevitable. Por más que mis pensamientos marquen otra decisión, ya esta no puedo voltear; no puedo dejar de hacer lo que vine a hacer. Ya no hay lugar para arrepentimientos; lo que he venido a hacer, lo haré cueste lo que me cueste, pero no daré un paso atrás...

Clara mañana de sol pero fresca, casi como una mañana de otoño, pero no es época de que las hojas caigan, es época de ser valiente y hacer lo que dije que iba a hacer. Solo restan dos pasos. Nadie lo nota; solo yo sé que estoy a tan corta distancia. Si extendiendo mi mano, sé que, en este momento, no llegaré. Solo un paso más; solo un paso. Y, casi sin aliento, doy el último paso de mis primeros pasos. Sé que, con mucho esfuerzo cada día, me repondré y podré rehabilitarme. Mis piernas dormidas poco a poco recobrarán las fuerzas para mantenerme de pie. Solo tenía que tomar valor para esta decisión de lo inevitable, de volver a caminar, y ya no podría hacer otra cosa.

Cruz mayor

César Heredia

Quizás más de uno tiene miedo a cruzar por un cementerio por la noche, aunque en las ciudades aquellos tengan muros. ¿Se imaginan cruzar por uno sin muros? Bueno, la historia que les contaré a continuación habla sobre la suma de sentimientos encontrados y un cambio de vida.

Otra noche más que tuvieron que despertar a Zoilo Contreras, para poder cerrar el boliche del club. Otra noche que Zoilo se pasó de copas, hasta quedarse sin dinero, aunque eso no impidiera que siguiera tomando, ya que todos conocían a Zoilo y le pagaban una copa de vino, una medida de caña o, quizás, ginebra.

Noche de oscuridad o con luna después de su “breve siesta de alcohol”, debía cruzar el cementerio del pueblo para llegar al campo del patrón. Debía descansar, ya que el lunes empezaba la cosecha de algodón y se esperaba que fuera estupenda.

Los campos del gringo Sdrech se ven tan blancos como el mismísimo cielo al estar cubierto por nubes. A uno se le pierde la mirada en ese horizonte blanco, que solo los capullos de algodón pueden dar.

Luego de la primera semana de cosecha y al obtener rindes extraordinarios por hectáreas, el gringo tuvo la gracia de adelantar unos pesos a su peón Zoilo.

Y sí, era inevitable otro fin de semana y otro encuentro de Zoilo, el club, las cartas y el alcohol. Lo mismo de siempre: lo despertaban, y tomaba la picada que conducía al cementerio. Pero el cruzar por las tumbas no era problema, no tendría por qué tener miedo. Bien lo dice el dicho popular: “Miedo hay que tenerle a los vivos, no a los muertos”.

Pero esta noche sería distinta al cruzar por la cruz mayor. Observó una figura. Entre sus pensamientos se cruzaba: “¿Será un fantasma?”. O como dicen en el interior, “¿Un espanto?”.

Sea lo que fuere, de repente, lo tenía enfrente. No tenía la figura de un humano, sino de un gran perro, como si fuese un aguará guazú, pero de ojos rojos y totalmente negro. No lo dudó, sacó su facón y, sin medir palabras, se trezó en lucha.

Solo fueron segundos, pero pudo sentir como su facón se hundía en la bestia. Era un horror el darle puñaladas a un ser desconocido. Incluso sintió cómo las garras del ser desgarraban su poncho y su piel.

En un instante, el ser logró tirarlo al suelo y, al verse superado en fuerza y agilidad, solo le quedaba implorar al Señor que sacara a esa bestia del camino.

Ya en el suelo y esperando el golpe final, el ser desapareció, sin dejar rastro alguno.

Justamente sucedió esto al contemplarse el alba. Ya con los primeros rayos de luz, logró ver su ropa rasgada y su facón manchado con sangre.

Pero lo más impresionante fue que no sentía la embriaguez que produce el alcohol que había bebido hacía unas horas.

Zoilo atravesó el resto del cementerio completamente sobrio y pensaba: “¿Será la adrenalina que quitó el alcohol de mi sangre?”, “¿por qué no me mató cuando me tenía en el piso y simplemente desapareció?”.

Pero sí tenía una certeza. Cuando le pidió al Señor que sacara esa fiera furiosa de su camino, Él le envió luz y, con el alba, el retiro de aquel ser desconocido.

Gracias a ese episodio, Zoilo no volvió a tomar una gota de alcohol y cambió su forma de ver la voluntad de Dios.

Ahora sabe que tiene una segunda oportunidad en su vida, y puede brindar ese tiempo que le dedicaba al alcohol a su familia y a quien le dio una nueva oportunidad.

El viejo cementerio

Enzo Castillo

Era un día más como cualquier otro en mi vida, donde despierto a las 4:30 a. m. gracias a un antiguo despertador que recibí como herencia de mi abuelo paterno, el cual mi padre me dio como si fuera una joya antigua muy valiosa. ¡Obviamente que no lo rechacé! Pero realmente lo odiaba por su timbre de alarma tan estridente e irritante que producían esas campanitas de bronce al marcar la hora de levantarme. Luego de higienizarme y tomar un buen desayuno, emprendí camino al garaje donde guardo el camión. La calle estaba muy oscura, no había luna y había una niebla muy intensa.

No me sentía bien... Tenía como feas sensaciones, un presentimiento de que algo raro podía llegar a suceder. ¡Tenía miedo!... ¡Algo no común en mí!

Llegué al lugar, tomé mi camión y emprendí mi jornada laboral. Luego de conducir, aproximadamente, cuarenta kilómetros por la ruta, la niebla era cada vez más densa y solo se podía ver unos pocos metros adelante, lo cual me obligó a reducir la velocidad.

Encendí los otros reflectores rompenieblas que posee el camión para estos casos, y vi de manera repentina un bulto enorme por el medio del camino. Intenté frenar el vehículo inmediatamente, pero fue imposible. Ya era tarde. ¡Cuando sentí el impacto, quedé paralizado!

El camión se detuvo unos metros adelante, y yo, muy aturdido y mareado, bajé lentamente... Retrocedí asustado, y observé la situación. ¡¡Vi mucha sangre derramada en la ruta y la parte trasera muy destrozada de un gigantesco carpincho!! El resto de su cuerpo desapareció por completo; sus órganos, esparcidos por la ruta.

Era algo espantoso; nunca había visto algo igual en los años que llevo en este trabajo. Quedé sentado al costado de la ruta hasta recuperar un poco de fuerzas, y, como pude, arrastré el resto del animal a la banquina para evitar que ocurriese otro posible accidente, ya que lo único que quedaba del cuerpo era muy grande.

Ya un poco más tranquilo, regresé a la cabina del camión, y vi la figura de un señor con su barba y cabellera muy larga y blanca, vestido con una túnica blanca y brillante. Era muy raro; encandilaba, no podía mirarlo fijo, parecía que me perforaba las pupilas.

Yo no entendía nada, tenía un susto terrible. Su figura seguía estática en el lugar. No atinó siquiera a mirarme.

Le grité:

—¿Qué quieres? ¿Qué haces ahí? ¿Quién eres?...

Y apenas giró su rostro para mirarme. En ese momento, intenté tomarlo de su brazo para bajarlo de la cabina y vi que su brazo se esfumó de mis manos. Sentí horror que caminaba por todo mi cuerpo; sentí que mis piernas se aflojaban y estaba a punto de desmayarme, cuando escuché una voz muy grave y con eco, como si viniera de más allá, diciéndome:

—¡Tranquilo! No desesperes.

Yo seguía muy nervioso y asustado, y volví a gritarle:

—¿¡Qué quieres!? ¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí?

Levantó su mano muy lentamente y me señaló con su dedo índice hacia dentro del campo. Me dijo:

—¿Ves aquella luz?

Una luz que apenas se distinguía en la inmensidad de la niebla y la oscuridad.

Le dije:

—Sí, sí, la veo... Es la del muy conocido y abandonado **viejo cementerio** de la zona.

—Bueno —me dijo—, yo vivo ahí. ¡Mi cuerpo está enterrado ahí!

En ese instante, un escalofrío recorrió toda mi piel; transpiraba frío. Entendí que esta figura que me hablaba era un fantasma.

¡No sabía qué hacer!!... ¡¡Por Dios!!

¡Por momentos pensé que todo era un sueño, pero no! Estaba bien despierto y todo estaba sucediendo en tiempo real.

Y me dijo:

—¡Calma, calma, hijo mío! Te ves pálido, no temas, ¡nada te haré!

Y de repente se esfumó como una bocanada de humo. Todo era muy irreal.

Pero escuché la misma voz del fantasma que me llamaba desde otro lugar:

—¡Hijo, hijo! Ven.

Estaba donde yacía el animal muerto por el accidente. Me acerqué con mucho cuidado, muy desconfiado y sin entender nada. Y dijo:

—¿Ves este animal?

—Sí —respondí con voz temblorosa.

—Bueno, yo te lo puse en el camino para que te detuvieras. Lo he intentado de otras formas y nadie se detiene. Cuando me ven, todos se alejan, todos se asustan. Inclusive, me paré en medio de la ruta y, peor, aceleran más sus vehículos para pasarme por encima y, cuando sienten que me van a atropellar y pasan de largo, al final terminan traumatados. Por eso, de esta forma logré detenerte y hacer que me escucharas.

”¡Hijo! Necesito tu ayuda, como te dije. Mi cuerpo está ahí enterrado hace más de setenta y cinco años, y yo no puedo encontrar la paz que necesito en ese lugar. En aquel momento fui muerto por asfixia cuando dormía profundamente en mi cama; me taparon la nariz y la boca con una almohada. Fue una sensación desesperante la falta de oxígeno en mis pulmones, sentía cómo mi corazón latía más acelerado. Fue un momento horroroso. Por mi cabeza pasaban todo tipo de pensamientos, desde momentos felices de mi infancia hasta los asesinatos que cometí.

”En un momento mi corazón dejó de latir, y todo se puso oscuro. Comencé a elevarme como si flotara en el aire y vi esas dos personas presionando la almohada sobre mi cabeza, totalmente enfurecidas, y gritaban con mucho odio “¡Asesino! ¡Asesino!”. Cuando logré ver bien sus rostros, me di cuenta de que fue la venganza de una de las muertes que cometí en mi vida.

”¡Hijo!... Necesito un favor de ti, y sé que lo puedes hacer. Quiero que vayas al viejo cementerio, a mi tumba, que luego te indicaré cuál es, retires mis restos y los arrojes en el campo que era de mis padres, donde yo pasé mi infancia y adolescencia, esa época donde yo fui muy feliz.

”Por favor te pido, es la única forma de que yo pueda liberarme de esta pesadilla y poder, al fin, descansar, pudiendo tener mi paz espiritual. ¡Te lo ruego, hijo!

Eres la única oportunidad que tengo. Son muchos años que no descanso y necesito salir de ahí.

”El campo de mis padres está a sesenta kilómetros de aquí al pie de la colina, donde hoy se encuentra la plantación de algodón.

Yo lo miraba fijo mientras me contaba todo esto, y pensaba que era toda una locura. Pero lo primero que me vino a la mente fue decirle que sí. Realmente me había tocado el corazón, pero a la vez pensaba cuándo haría esto, si de noche o de día... y, si me veía alguien desenterrando un cajón de muerto, ¿en qué lío me metería!

Pero mi corazón me decía que debía ayudarlo.

Ahí, en ese mismo instante, recordé que el viejo cementerio estaba abandonado desde hacía unos años, y me convencí de que todo sería más simple y que podía ayudar a este señor fantasma. Cuando le estaba por decir que sí, que quería ayudarlo, ya había desaparecido como la vez anterior, pero ya no regresó; se ve que leyó mi pensamiento y se fue tranquilo. Yo me quedé esperando un buen rato y no apareció más. Me subí al camión y continué con mi viaje laboral, pero totalmente sorprendido con la situación, algo que nunca hubiese imaginado realmente; de terror si me pongo a analizar.

Terminé con mi jornada laboral. Ya de regreso en casa, cené y me acosté a dormir, pero pensando en qué momento podía cumplir con lo prometido.

Siempre fui un hombre de palabra y quería también serlo con el fantasma. Dudaba si ir de noche o de día, y la decisión fue hacerlo ni bien salía a trabajar, que todavía estaba oscuro y corría menos posibilidad de que me vieran. Quería sacarme este compromiso lo antes posible.

Y así fue. Me levanté a la madrugada, como siempre, y con mi camión fui derecho al viejo cementerio, con una pala, un pico y una bolsa de arpillera.

Entré al lugar, y era realmente tenebroso, todo en ruinas: las lápidas rotas, los pisos rajados, el pasto muy alto y lleno de ratas que circulaban de un lado a otro; todo abandonado. Me daba miedo, pero a la vez pensaba: “Los muertos nada pueden hacer”. Así que tomé coraje, llegué a la tumba que me había indicado y comencé a cavar.

Me llevó un tiempo, pero lo logré. Encontré restos de madera de cajón todo podrido, parte del esqueleto, el cráneo estaba intacto, y el resto de los huesos con tierra, ya casi petrificados. Lo junté y limpié como pude; los iba metiendo en la bolsa de arpillera, y, mientras hacía eso, vi como unas luces pasaban velozmente entre las tumbas. Cuando pude divisar bien a una de ellas, me di cuenta de que eran otros fantasmas inquietos, y seguro tenían el mismo problema. Ahí reaccioné, y me apuré a juntar todos los huesos como pude. Tomé del piso la pala y la bolsa, y me fui rápidamente, no quería cruzarme con ningún otro fantasma; quería terminar con esta situación.

Subí al camión y emprendí la marcha a los campos de algodón que me había indicado el fantasma. Ya casi amanecía y llegaba la gente a la cosecha, algo que no había tenido en cuenta. Comencé a preocuparme, estaba con la bolsa de huesos... Pensé: “Y si me los veían, ¿qué les diría?”. Viví una sensación muy tensa, pero, utilizando mis habilidades, logré entrar como un peón más de ese campo, y pude, al fin, lograr desparramar los huesos entre la plantación. Tuve que quedarme hasta el horario de salida, como si fuese uno más de ellos.

Y cuando se hicieron las doce, nos retiramos. “¡¡Al fin!!”, dije... y ya más tranquilo y habiendo cumplido con lo prometido, me fui a un comedor al costado de la ruta, tomé un buen almuerzo y regresé a casa.

Extenuado por todo lo sucedido, los nervios que había pasado, pero liberado al fin, tomé un trago para relajarme y me quedé dormido al instante.

Al rato, desperté sobresaltado; todo estaba oscuro y en silencio. Miré la hora y eran las 11:30 p. m., y dije: “¡Uy, cuánto dormí!”. Me costaba reaccionar y estaba como si me hubieran dado una paliza. “Claro —dije—, era todo el estrés que viví durante el día”. Me senté en la cama y del otro extremo vi sentado al mismo fantasma.

—¡¡Noo!! —grité, todo asustado—. ¡¡Vete, vete de aquí!! ¡Esta es mi casa! ¡¡No quiero que estés acá!! ¡Fuera! ¡¡Fuera!! ¡Ya cumplí con lo que prometí! ¡Basta ya!

Y me dijo con su misma voz de siempre tan tenebrosa:

—Calma, calma, hijo, solo vine a agradecerte, y lo hice con la última energía que me queda, porque ya puedo entrar en esa paz que necesité durante tanto tiempo, y solo quise utilizarla para poder agradecerte. Ahora solo me queda un resto para regresar a esos hermosos campos de algodón y descansar en las tierras que eran de mis padres donde fui muy feliz.

”Todos tenemos una época y un lugar feliz en la vida. Acuérdate del tuyo.

”Gracias, hijo, ¡y hasta siempre! Ya no me verás más, ni tú ni nadie, porque tendré paz de aquí a la eternidad. ¡¡Gracias!!

Buscando trabajo

Emiliano Ávila

Buscando trabajo después de un largo día de largas entrevistas, regresando a mi hogar, ya de noche, caminando en la oscuridad a doscientos metros de mi casa, vi una silueta que venía hacia mí, y, con miedo a que me robara, intenté cruzar de vereda y de repente gritó mi nombre: “¡Ricardo!”. Asombrado, giré mi cabeza para mirar sobre mi hombro, y con un gran alivio me di cuenta de que era Daniel, un gran amigo de la infancia. Se acercó, me estrechó un abrazo, saludándome, y me preguntó por mi familia, y de dónde venía a esas altas horas. Contento por verlo y mal por no conseguir trabajo, le comenté sobre ello.

Sorpresivamente, me invitó al siguiente día a su casa para una propuesta de trabajo. Él estaba apresurado porque tenía que ir a buscar a su mujer, a la parada del colectivo, y quería llegar antes que ella. Con un saludo cordial, nos despedimos, y contento me fui para mi casa.

Ansioso, sin poder dormir, mirando el techo, entre dormido de momentos, no sé si fue un sueño o fue real, escucho que repetían mi nombre. Espantoso. Es que

me encontraba solo. Lo más extraño y perturbador fue que la voz que me nombraba era la de mi abuela, difunta hace cinco años. A lo largo de la noche se repitió el mismo suceso, pero, finalmente vencido por el sueño, me dormí hasta encontrar el sonido del despertador. Al ver la hora, me di cuenta de que eran las 15:30 y que a las 16:00 tenía que ver a Daniel por la propuesta de trabajo.

Salté de la cama, me bañé rápidamente y me cambié mientras le mandaba un mensaje para avisarle que estaba en camino.

Al llegar a la casa después de tomar unos mates, me empezó a comentar sobre la propuesta de trabajo. La primera pregunta que me hizo fue si no me daban miedo las tumbas o los fantasmas; yo le respondí que esas cosas de horror o de espanto solo pasaban en la película. El porqué de la pregunta consistía en que el trabajo era de sereno en un cementerio. Le dije que sí, que no tenía inconveniente. Ese mismo día fuimos al lugar, me presentó a los jefes y quedé para el puesto, enterándome que ese mismo día empezaba mi primer día de trabajo a las 21:00 hasta las 8 a. m. del día siguiente.

El rol para desempeñar era hacer rondas cada dos horas por las calles internas del lugar. Salí con mi linterna, hacía frío y había una espesa neblina; después de veinte minutos de caminar, leyendo epitafios, empecé a escuchar que susurraban mi nombre, pero ya

no era la voz de mi abuela, como en otros casos; eran varias voces distintas. Comencé a sentir incomodidad y un escalofrío que recorría el cuerpo; las voces las sentía cada vez más cerca. Me puse muy nervioso, sin encontrar ninguna lógica a lo que me estaba ocurriendo; me sudaban las manos y sentí un olor muy fétido; mis latidos se aceleraban, podía sentir como la sangre me corría aceleradamente por el cuerpo; intenté tranquilizarme hasta que en un momento sentí una mano fría sobre mi hombro izquierdo y, con un grito desgarrador, titiritando del miedo, me desperté y me di cuenta, por la gente que me miraba, de que estaba viajando en el colectivo. Para mi sorpresa, todo había sido un sueño, pero muy real. Lo loco de todo esto era que nunca había llegado a mi casa, de aquel día que había salido a buscar trabajo.

Domingo de abril

Juan Díaz

Domingo de abril, tarde, de noche, regresaba a mi hogar con un recuerdo y una sonrisa amarga. Supe de siempre, y tal vez ella también, el fin de esta historia sin querer llegar a su final, que no existe historia verdadera y solo la felicidad es un momento en nuestras vidas y no dura por siempre; y creo que fue la mejor manera, porque algo tan puro no se podía corromper con la rutina diaria.

Recuerdo: Era una mañana de domingo de abril; nos encontramos en aquella plaza asignada por el destino. Con ansias fui a su encuentro, pero con miedo porque ya sabía el final. Recuerdo esos ojos color café con la luz que la caracterizaba. Caminamos por caminos que, con cada paso, sabíamos que no volveríamos a transitar, o por lo menos juntos. Calles pintadas de hojas color ocre amarillentas, perfumadas de madera seca y recuerdos, de recuerdos felices y otros no tanto. Hablamos mucho de todo; reímos, y tal vez unas lágrimas rodaron por nuestras mejillas. Tomados de las manos, caminamos mucho como si se tratara de una procesión lenta, no queriendo llegar al final, conocien-

do nuestro destino, sin discusiones, sin reproches por las decisiones buenas o malas; no lo sé, solo fueron decisiones, por lo que no nos dijimos, por lo que no me atreví a decir. Ambos sabíamos que, de un momento a otro, la procesión llegaba a su fin; ya cayendo la tarde en una esquina de algún lugar con la luz de la luna, nos miramos fijamente hundiéndonos profundamente en una mirada que no necesitaba palabras, ya sabíamos las palabras de un amor tan puro, esas que no necesitábamos decir, pero deseando poder escucharlas. Juntos por última vez, nos besamos, en un beso diferente a esos que te hacen olvidar el mundo; un beso tibio donde uno encuentra la libertad, donde nos unimos con el universo. Volamos como otras veces, pero esta vez era nuestro último vuelo. Se detuvo el tiempo y solo éramos los dos en el mundo.

Después, cada uno caminó para el lado opuesto sin mirar atrás; esquina vacía y solitaria, única testigo del amor más real que pudo existir en este mundo o en nuestro mundo... En el mundo no pasó nada importante que publicaran los diarios, solo dos corazones que se desangraban lentamente, pero el destino se encargó de guardar cada gota de sangre y lágrimas para transformarlo en el mejor recuerdo de nuestra vida. La amé y ella me amó. Solo un “Adiós, hasta siempre” selló el verdadero amor. Retorné a mi hogar con un recuerdo y una sonrisa amarga.

Los tres árboles

Víctor Echavarría

Tres árboles estaban charlando en la cima de una montaña sobre lo que les gustaría ser cuando fueran grandes.

Le preguntaron al primer arbolito:

—¿Qué te gustaría ser cuando seas grande?

Respondió que le gustaría ser un cofre que guarde piedras preciosas y las coronas de los reyes:

—Yo cuando sea grande voy a ser un cofre donde guarden las coronas y piedras más hermosas del mundo.

—Bien —dijeron.

Siguieron hablando, y le preguntaron al segundo arbolito:

—¿A vos qué te gustaría ser cuando seas grande?

—A mí me gustaría ser un barco grande. Yo cuando sea grande voy a ser un barco imponente que lleve a los reyes más poderosos.

—Bien —dijeron y le preguntaron al tercer arbolito—: ¿A vos qué te gustaría ser cuando seas grande?

—No, a mí no me gustaría irme de esta montaña. Me gustaría crecer alto, tan alto que cuando la gente del pueblo mire la montaña y me vea tenga que levantar tanto la vista que tengan que mirar al cielo y piensen en Dios.

—Bien —dijeron.

Los años pasaron y los árboles crecieron altos, muy altos.

Un día subieron tres leñadores a esa montaña.

El primer leñador miró el primer árbol y dijo:

—Qué árbol tan hermoso es este. —Y con la remetida de su hacha brillante, el primer árbol cayó.

El segundo leñador miró el segundo árbol; posando su mano sobre él, dijo:

—Qué árbol tan fuerte es este. —Y con la remetida de su hacha, el segundo árbol cayó.

El tercer arbolito sintió su corazón morir cuando se le acercó el tercer leñador, pero ni siquiera lo miró; con la remetida de su hacha brillante, el tercer árbol cayó.

Contento se puso el primer árbol cuando fue llevado a una carpintería; pero no lo convirtieron en un cofre, hicieron de él una caja de alimentos de animales de granja, la cual guardaba hierbas secas.

El segundo arbolito se puso contento cuando fue llevado a un embarcadero, pero ese día no se construía

ningún barco imponente. Como era chico para ser un barco, lo hicieron un bote y lo dejaron en un lago.

El tercer arbolito se sintió algo confundido cuando lo llevaron a una carpintería, en la cual de él hicieron tablonos y lo dejaron en un depósito.

Pasó el tiempo, y a los tres arbolitos ya se les habían truncado sus sueños. Hasta que una noche, entraron un hombre y una mujer a esa granja, y el hombre le dijo a la mujer:

—Me hubiese encantado hacerle una cuna a nuestro bebe.

La mujer, posando el niño sobre la caja de alimentos, dijo:

—Quédate tranquilo porque este pesebre está hermoso.

En ese momento el primer arbolito se dio cuenta de que dentro de él contenía el tesoro más grande del mundo.

Pasados los años, un día un viajero cansado y sus amigos subieron al bote olvidado y se quedaron dormidos. Una tormenta muy grande empezó, y el segundo arbolito sabía que no tenía la fuerza suficiente para llevarlos a salvo a la orilla. De repente, el viajero cansado se despertó, se paró, levantó su mano y dijo:

—Detente. —Y la tormenta se detuvo tan rápido como había comenzado.

En ese momento, el segundo arbolito supo que arriba de él se encontraba el rey del cielo y de la tierra.

El tercer arbolito se sintió asustado cuando fue llevado a la cima de un monte por una multitud de gente enojada. Pero mucho más se asustó cuando clavaron las manos de un hombre en él. Sin embargo, en ese momento, supo que cada vez que la gente pensara en el tercer arbolito iban a pensar en Dios.

La moraleja que este cuento nos deja es: Cada vez que no salgan las cosas como tú lo esperas, quédate tranquilo que, seguramente, Dios está preparando algo mucho mejor para darte.

Aquella mañana

David Argañaraz

Mirando pasar las horas y los años, recuerdo esa última mañana que, al mirarte, tenías tus ojos llenos de lágrimas, y las comparé con un río que se convierte en catarata; al caer por ella, te arrojé a la profundidad del dolor. Aquella mañana te arrojé.

Me miro en un espejo lamentando todas las mañanas porque ya no puedo mirar los ojos chinos que tienes al despertar.

Mirando por la ventana de mi celda, sin pensar, vi volar una estrella en su gran mundo, la vi volar sin rumbo y la noté perdida, y me di cuenta de que a veces no solo en este mundo existe soledad, que ellas también la sienten, como cualquier persona.

Pero al menos siguen brillando, buscando una razón para salir de ella. En cambio, acá “nosotros” pensamos que estar solo es el fin en la vida y no nos damos cuenta de que a veces la soledad nos ayuda a encontrar respuestas que no estaban.

Al mirarte en mis pensamientos pude ver la verdad, que no sirve el orgullo cuando existe amistad, que

no sirve llorar cuando un amor se va, que no vale la pena aprender a callar, que no existen fronteras cuando tenemos vida.

Me miro y estoy entre cuatro paredes, y siento el calor de aquel amor que se fue, y descubrí que en ellas están los sueños, los besos y aquel tiempo que se perdió algún día.

Comprendí que el amor tiene un millón de vueltas, que a veces nos sorprende, nos da felicidad y a veces se transforma en lo peor que hay.

Y en mi propia mirada, ver que la felicidad llega en cualquier momento, que todo se termina en este mundo, hasta lo más hermoso, hasta lo más molesto y doloroso.

Así que te digo: aprende a vivir, es lo que hay y es lo mejor que puedes hacer.

Relato de la soberanía por Malvinas

Juan Díaz

Allá por el 14 de junio de 1982, los días más cruentos en una lucha sin igual por la soberanía nacional. Se estaban dando en las posiciones estratégicas, como Puerto Argentino, monte Dos Hermanas, Pradera del Ganso, monte Tumbledown, donde los ingleses no cesaban con el fuego naval y artillería en tierra, intentando desgastar por ese medio a las tropas argentinas.

El glorioso Regimiento de Infantería 7 “General Viamonte”, a cargo de la sección “Alfa”, donde se encontraba el sargento de comando Mariano “El Chacal” Tisneros, estaba en el monte Tumbledown. Siendo las 19 h, el Regimiento 4 de Paracaidistas británicos intentaba tomar por asalto las zonas “claves” —así se llamaba el lugar más alto de este monte—. El soldado clase 62, que estaba de guardia, dio el aviso; se comenzó con el repliegue de órdenes y contraórdenes; se escuchaban en medio de un feroz combate el fuego de mortero de 120 milímetros, fusiles, granadas que volaban, bengalas que por el momento iluminaban el lugar; los rostros ya ensangrentados y furiosos se podían ver.

El sargento Tisneros vio caer mortalmente herido por un mortero al subteniente Silva; los soldados más próximos le preguntan a él si se replegaban, a lo que contestó: “Yo no me rindo; acá muero o ellos se rinden”.

Ese combate se prolongó por más de ocho horas. Prácticamente sin municiones, dio una de las últimas órdenes: “ENGARZAR”¹. El enemigo ya estaba a diez metros; las bajas de ambos lados eran demasiadas. Nadie retrocedía. Dos unidades venían a apoyar a los ingleses.

En ese momento cayó herido el soldado Domínguez; Tisneros acudió a retirarlo; ya los ingleses intentaban rematarlo en el piso, y, al llevarlo consigo, le impactaron en sus piernas, y siguieron disparando cuando recibió en su rostro un tiro de gracia. Su fusil quedó en sus manos, nunca lo soltó, cumplió su juramento como dijo un comando: “Dios y la patria o muerte”.

Los soldados que se quedaron depusieron sus armas a las 19 h, extenuados y sin una sola munición, mostrando el valor de un infante. El general mayor del Ejército británico dijo: “Pregunta, ¿eran fuerzas especiales quienes nos causaron tantas bajas?”. Porque, si no, ¿cómo se explica que pelearon como leones vestidos de soldados? Tan solo eran chicos de 17 años, correntinos.

Un soldado no muere en el frente de combate, muere cuando su patria lo olvida.

Dedicado a:

Regimiento de Infantería Mecanizada “General Belgrano” (Pigüé).

Regimiento de Caballería Blindada “Usares de Pueyrredón” (Azul).

¹ Poner la bayoneta en el fusil para la batalla cuerpo a cuerpo.

Semilla

Leonardo Gigena

Recuerdo un viaje lleno de emociones. Tenía cinco años y debíamos mudarnos al campo de mi abuelo, donde me encantaba ir. Era un lugar encantador: caminar entre los árboles y esos aromas intensos que llenaban mis sentidos, aunque sus caminos llenos de polvo por momentos no me dejaban respirar. Ni hablar de la laguna donde fuimos en algunas ocasiones; un bote de madera que crujía cuando subíamos con mi abuelo y mi padre. Allí tuve mi primera captura, un pez dorado. ¡Era increíble!

Mi abuela era una gran cocinera, hacía una sopa de pescado exquisita, no me puedo olvidar de ese aroma a pimienta molida en el mismo momento de la cocción; esa mesa, para mí gigante, donde no solo comíamos y la pasábamos muy bien, sino que también recuerdo esa voz ronca de El Viejo, como le decía mi abuela Paula a mi abuelo Benito: “Viejo, contale una historia a tu nieto”. Y a mí se me explotaba el corazón de la emoción. Momentos únicos. Le prestaba toda mi atención, aunque muchas veces escuchaba la misma historia, pero cada vez me concentraba más, me parecía más

hermosa y algo más siempre me quedaba. Me contaba hazañas y desventuras por horas hasta quedarme dormido. ¡Qué lindos recuerdos!, hasta soñaba con las historias de mi abuelo.

Pero bueno, no todo fue color de rosa. Mi abuelita Paula enfermó; un invierno muy crudo, a Paula le dio pulmonía y en unas semanas falleció. Yo estaba muy triste, y mi abuelo Benito no tenía consuelo. Mis papás hablaban mucho con él, y yo también, no lo dejaba solo ni un momento; solo cuando iba a la escuela, porque para ese momento ya habían pasado unos años. Ya tenía ocho; “todo un hombre”, como me decía mi mamá.

Así fue como una tarde, hablando con mi abuelo, me dijo:

—La abuela ya no está y pronto yo me iré con ella, así es la vida.

Estaba muy triste por estas palabras, con los ojos llenos de lágrimas, las más amargas que había sentido en mi corta vida. Mi abuelo me abrazó muy muy fuerte y me dijo:

—Sabes que te amo con todo mi corazón, y la abuela también te ama desde donde está. Nos has hecho muy felices; solo quiero que nos recuerdes con alegría, que siempre sigas nuestros ejemplos, y ames a tus padres. Te hemos inculcado siempre valores, a ser honesto, respetuoso y solidario. A siempre tratar con amor a todos.

—Pero, abuelo, te voy a extrañar mucho cuando no estés.

El abuelo después de mucho pensar me dijo:

—Julián, tengo una idea, vamos a emprender un viaje.

—¿Adónde, abu? —pregunté emocionado.

—Es una sorpresa.

Mi abuelo era muy viejito y nos mudamos al campo para pasar con él sus últimos años. Eso yo no lo sabía, me fui dando cuenta con el tiempo. Por eso, para mí fue una gran aventura vivir en el campo rodeado de animales, lagos, bosques. Era increíble. Nos levantábamos a las cuatro de la mañana para ordeñar las vacas. Me acuerdo que nos matábamos de risa cuando se nos hacían esos bigotes blancos de tomar esa leche blanca, espumosa, tibiecita, recién ordeñada.

Mi abuelo juntó unas semillas y me dijo:

—Vamos a ir en bote al otro lado del lago donde hay una colina, iremos a lo alto de ella y ahí plantaremos tres árboles. Uno será tu abuela; otro, yo, y otro, vos. Así, siempre estaremos juntos, y que cada vez que estés triste y extrañes estos momentos puedas venir acá y, bajo su sombra, contemplar el cielo, el lago y el bosque; cerrar los ojos y recordar todas las historias que te conté.

Y así fue. Llegamos a lo alto de la colina y plantamos tres árboles. Con mi abuelo, después de plantar-

los, nos abrazamos, y me pareció un abrazo de horas, no de minutos. Al regresar, les conté a mis papás lo que había sucedido; rompieron en llanto, no sé si de angustia o de emoción.

Pasaron unos meses, mi abuelo ya estaba viejito. Nos pidió a mi papá y a mí que vayamos a ver cómo estaban esos árboles. Salimos muy temprano y, al llegar al lugar, estos árboles ya estaban creciendo; medían como medio metro. Nosotros estábamos supercontentos, no veíamos la hora de llegar para contarle a mi abuelo Benito la noticia.

Volvimos pasado el mediodía y, cuando estábamos llegando, vimos el caballo del doctor. Al llegar a la casa, estaba mi mamá; el abuelo había fallecido. No sé si será el destino o él sabía que se iría, y por eso nos mandó a ver los árboles para que yo no sufriera. Así que tomé el bote, fui a la colina y ahí estaban los tres árboles hermosos. Como le prometí a mi abuelo, contemplando el cielo, el lago y el bosque, me quedé dormido.

Y esta historia nunca supe si me la había contado mi abuelo cuando era chico o fue en mi sueño. Hoy pienso en mi abuelo todos los días de mi vida. Agradezco a Dios por cada instante vivido y espero algún día poder abrazar a mis seres queridos que se han ido.

Como un rey

Gastón Muñoz

En un pueblo llamado Tres Algarrobos, el recuerdo más presente que tengo de mi adolescencia es cuando los fines de semana reuníamos a toda la familia, amigos y conocidos del pueblo para compartir asados, vinos, jineteadas, fogones, guitarreadas y bailes hasta que salía el sol. Todos los fines de semana era la misma rutina, la cual me hacía muy feliz, pero principalmente me llenaba el alma por la alegría que le causaba a mi abuelo, que es como un padre para mí. En cada juntada se hacían concursos de doma donde los finalistas competían los domingos desde la mañana hasta la tarde. Esa era la felicidad del pueblo. Esto siempre pasó desde que yo tenía ocho años hasta los doce. Ya después dejé de asistir a esas fiestas cuando me fui a vivir con mi madre y empecé a trabajar de albañil.

Un recuerdo muy presente que tengo de esa época es cuando iba a trabajar a la panadería; tenía once años y de ahí me iba al colegio y le llevaba facturas a mis compañeros de escuela y maestras. Nunca dejé de ir a visitar a mi abuelo al pueblo siempre que podía. A los dieciocho años, me compré una casa y empecé a hacer

una vida un poco más normal. Era algo que siempre me dejó clavado en la cabeza mi abuelo: que lucho hasta tener mi propiedad.

Luego la fiesta que tuvo lugar en mi infancia y principio de mi adolescencia se empezó a llevar a cabo de nuevo, pero esta vez una vez por año. Ello me alegró debido a la necesidad que yo sentía por verlo feliz a mi abuelo, ya que en las últimas visitas lo notaba muy solo y un poco triste.

Un día recuerdo que mi abuelo quería comprarse un vehículo, pero no sabía manejar; así que recurrió a mí para que yo lo manejara. Quise enseñarle, pero él no quería; solo quería tener el auto para que lo sacaran a pasear.

Él ahora ya no está conmigo y, más allá de eso, él siempre está presente en mi vida guiándome para que no tropiece, corrigiendo mis errores. Él siempre va a ser para mí como el padre que nunca tuve. Siempre presentes en mi vida sus historias, sus anécdotas. Toda la vida fui para él su mano derecha.

Soy alguien

Daniel Moronta

Esta es la historia de Juan Pérez, que desde niño se crio con mucha humildad en un barrio precario, teniendo en su mente sueños por cumplir.

Desde su infancia hasta la adolescencia, sufrió mucho desprecio por su forma de vida, ya que no todos sus compañeros de escuela pasaban por la misma situación. La economía en su familia no era la misma que la de los demás: sus padres trabajaban para poder sustentarlo día a día y darle lo mejor y salir adelante. La angustia y la necesidad de ayudar a sus padres lo llevaron a pensar de una manera diferente, a olvidarse de los principios y valores que desde pequeño le habían inculcado.

Fue por eso por lo que Juan Pérez tomó la decisión equivocada de obtener todo lo que quería haciendo lo malo. A lo único que llegó es a perder todo lo que tenía, por no poner en práctica las enseñanzas de sus padres.

Encerrado entre cuatro paredes, se dio cuenta de que no todo lo que brilla es oro y empezó a poner su atención en todo lo que está bien. Se anotó en la es-

cuela para poder terminar sus estudios, y logró el título secundario. Buscó la manera de ayudar a su familia. Empezó la facultad estudiando Medicina. Esos sueños que desde pequeño tenía ya no estaban enterrados, sino que les empezó a dar curso para, el día de mañana, dejar de ser un don nadie, y que todos vean que, con esfuerzos, compromiso, valor, dedicación y voluntad, todo se puede.

Así fue como Juan obtuvo el título de licenciado en Medicina y pudo demostrar que el que quiere puede. Ahora es alguien en la vida, acordándose de los principios que sus padres le habían enseñado. Hoy Juancito trabaja en el hospital y vive con sus padres. Lleva una vida normal como cualquier ser humano desea tener; vive con paz, en familia, disfrutando cada momento al lado de sus seres amados. ¡EL QUE QUIERE PUEDE!

Locura de amor en Calabacilla

Ezequiel Zacarías

Esta historia, creo que empezó una mañana, según lo que mi mente recuerda, en un pueblito llamado Calabacilla. Estaba compuesto por diez habitantes, entre ellos estaba el viejo Santos Garmendia, un pastor de ovejas y su ayudante, Panza de Sapo. Aparte de estos dos personajes, se encontraban el panadero del pueblo, Flautita; una costurera llamada Dulce Sueño; un pintor alemán que se llamaba Pichunsen; un herrero que herraba con madera, cuyo nombre era Johnson, el Aborigen; un ciclista que se llamaba Sopa Fría; un labrador extranjero llamado Cara con Trampa; un pregonero cuyo nombre era Chupetín de Brea, y el cura roquero: Máximo Mereti.

Como los sueños del viejo Santos eran grandes, se proclamó a sí mismo presidente de Calabacilla. Impuso reglas, como la de regalar todas las Navidades un objeto de valor para cada habitante del pueblo.

Un día su ayudante se enojó tanto con él que lo invitó a un reto de piedra, papel o tijeras; el ganador de

este reto se llevaría el regalo del amor de la costurera Dulce Sueño. El enfrentamiento se llevaría a cabo fuera de la capilla del cura roquero.

Entonces empezó a revolucionarse Calabacilla: el pintor comenzó a pintar la capilla para esta gran batalla; el herrero empezó a herrar cada banco de la capilla; la costurera cosió cada traje para la ocasión; el panadero horneó ricas galletas para el evento; el ciclista parchó cada bicicleta para que nadie faltara a este duelo, y el pregonero gritó para que nadie faltara: “¡Ea! ¡Ea! ¡Duelo de piedra, papel o tijeras en la capilla! ¡Se disputará el amor de la costurera!”; el labrador preparó todo el terreno alrededor de la capilla.

Finalmente, llegó el gran día. La tensión se hacía oír en cada calle de Calabacilla; las hinchadas gritaban “Vamos, Santos, todavía” y con alegría al pueblo agradecía. Panza de Sapo, por su parte, nada decía, y por el amor de la costurera pelearía. El reloj marcaba la hora; señalaba las doce y treinta; el duelo empezaría. Hasta que de pronto algo pasaría, porque el amor de la costurera a otro hombre pertenecía, y colorín colorado, este duelo no se ha disputado, la mano se ha dado, sin el pan y la torta han quedado.

Una carta a Gandhi

Marcelo Romero Pont

Querido Gandhi:

Lo saludo con la paz de Cristo y el mayor respeto que usted merece.

Mi nombre es Marcelo, nací un 31 de octubre de 1980 en Buenos Aires, Argentina, y actualmente me encuentro privado de mi libertad.

En mi primer año de cautiverio, he aprendido a coexistir y he comenzado una carrera. En lo que a mí refiere, marca una nueva etapa en mi vida, un cambio mental y espiritual.

Créame que he visto sus obras y la paz y la no violencia que usted profesa, y el aliciente que incita a que podamos vivir en armonía, de la misma manera que convivo aquí con la familia pasajera que Dios me dio en lo que dure mi condena.

He aprendido que mi forma de ser no era la correcta, y por esa causa, yo mismo me privé de lo más hermoso: la libertad.

Y llegó a mí una pregunta: ¿Podré mejorar, renovarme mentalmente y cambiar?

Y me di cuenta de que sí es posible, porque la fuerza y el esmero no vienen de una capacidad física, sino de nuestro propio ser.

Y siento que observando las obras aprendo y me reeduco para obtener lo mejor de mí mismo. He llevado muchos años de guerras conmigo mismo y ahora estoy en busca de la paz que tanto anhelé, porque sé que mi futuro depende de lo que hoy haga.

Cuidar de mis pensamientos, porque ellos se convertirán en mis palabras.

Cuidar de mis palabras, porque ellas se convertirán en mis actos.

Cuidar de mis actos, porque estos se convertirán en mis hábitos, y, según el orden de estos, marcarán mi destino.

Por eso, aprendí que no hay un camino a la paz, sino que la paz es el camino, y este es el camino que me lleva a la moralidad, a la honradez, a la decencia y a la integridad con la cual debo reedificarme como un nuevo ser.

Deseo de todo corazón que mis palabras sean las correctas y haberme expresado con lo más sublime de mi corazón.

Me despido de usted con el amor y la paz que usted enseña, rogando que se extienda para concientización de todos.

Atentamente y con cariño.

La espada de madera

Pablo Terceros

Sir lord David era un rey muy valeroso que reinaba Inglaterra. Sus batallas eran muy recordadas por todo el pueblo de Ludendoorf, pues todos lo amaban por dar su vida por su país.

Su hijo, el príncipe lord Harry, al contrario de su padre, era vanidoso, odioso, de corazón oscuro. Él sabía que heredaría el trono, pero su padre tenía la idea de desheredarlo por su postura; en su lugar, daría el trono a su amada, la reina lady Sofía. Pero lord Harry no se quedaría de brazos cruzados, él tendría que idear un plan para quedarse con el trono y gobernar conforme a sus ideales.

Las tropas escocesas querían invadir Ludendoorf, y el rey ya tenía preparadas sus tropas para salir a pelear. Saludó a su amada y la dejó al mando del reino.

—¡¡¡Harry estaba furioso!!! Por lo que llamó al mago Linderloof y le dijo:

—¡¡¡Necesito que hagas desaparecer a la reina YA!!!

El mago contestó:

—Tengo un hechizo para convertir a la reina en sapo, pero tendrás que arrojarla al bosque encantado para que el plan funcione; debes conseguir un cabello de la reina Sofía.

Y así lo hizo Harry, y el hechicero arrojó su hechizo, convirtiendo a la reina en sapo.

Harry había arrojado a la reina Sofía en el bosque encantado, pero tenía que deshacerse del rey, así que consultó una vez más al hechicero, quien le dijo:

—¡¡¡Haremos un hechizo más!!! Tendrás que salir al bosque encantado y ponerte en frente del rey, quien estará al lado de un árbol, y soplar el polvo mágico para que el hechizo se apodere del rey y quede prisionero en el árbol.

Harry lo hizo así como el hechicero le mandó.

El rey quedó preso en el árbol. La batalla la ganaron y el príncipe Harry logró quedarse en el trono. Harry se había apoderado de Ludendoorf, su reino fue negro, malo y triste. La reina quedó atrapada en el hechizo, convertida en sapo, y el rey, prisionero en el árbol del bosque encantado.

¡¡¡La reina lloraba amargamente junto al árbol y el rey escuchaba su llanto!!!

—¡¡¡Ay, amada mía!!! Aquí en el árbol soy yo, David. nada cambiará mi amor por ti. ¡¡¡TE AMO!!!

—Mira cómo me veo; soy horrible —dijo Sofía.

—Tranquila, el hechizo se romperá si el mago muere.

Así, pasaron diez años. Un día un joven leñador caminaba por el bosque, buscando madera para fabricar una espada para practicar, pues quería ser guerrero. Tomó su hacha y comenzó a pegarle al tronco del árbol.

—¡¡¡AY, AY, AY!!! —gritó el árbol—. Me duele.

El joven leñador, llamado George, se asustó y gritó:

—¡¡¡AAAHH!!! Pe... pe... pero ¿qué sucede?

Hizo un paso para atrás y le pisó un pie a la princesa.

—¡¡¡Ay, ay, ay!!! —gritó el sapo.

—¿Tú también? —dijo el leñador.

—Sí —dijo la princesa—. Hemos quedado atrapados en un hechizo que el hechicero nos arrojó. Solo se puede deshacer con la muerte del hechicero.

Y el leñador contestó:

—¿Pero qué puedo hacer yo para ayudarlos?

El rey le dijo:

—Toma una rama de mí. Haz una espada y esa espada se convertirá con poderes mágicos. Destruye al hechicero.

Así lo hizo el joven leñador, pero la espada seguía siendo de madera.

El pueblo de Ludendoorf se veía azotado por un dragón azul. El príncipe tenía mucho miedo y no sabía qué hacer. Las tropas no podían destruir al dragón. El

joven leñador fue a enfrentar al dragón con su espada de madera. Luchó ferozmente, pero todo seguía igual, hasta que de repente gritó:

—¡Por el poder del Rey de los cielos! Te ordeno... te ordeno que desaparezcas.

El cielo se oscureció de tal manera que solo se podían ver los ojos de los que estaban ahí. Un rayo cayó del cielo y la espada se convirtió en una espada DORADA, con el oro más puro del mundo.

El joven leñador, con la espada, atravesó el corazón del dragón hasta desintegrarlo. El hechicero que estaba ahí fue alcanzado por un rayo que salía de la espada del joven leñador, por lo que pudo romperse el hechizo sobre el rey y la reina, y, así, volvieron a la normalidad.

El joven leñador agarró al perverso príncipe Harry y lo ató con cuerdas hasta que llegó el rey para ponerlo en el calabozo de por vida. El rey hizo una ceremonia para nombrar al joven leñador general del ejército real y mano derecha del rey, y dijo:

—Yo, sir lord David de Ludendoorf, te nombro general del ejército real, mano derecha del rey y nuevo heredero del trono.

El ahora general se enamoró de una bella joven con la que se casó y tuvo cinco hijos. El rey envejeció y durmió profundamente; entonces el joven se convirtió en sir lord George de Ludendoorf. La reina Sofía se durmió tiempo después, y la joven tomó su lugar, convirtiéndose en la reina de Ludendoorf.

Y colorín colorado, esta historia se ha acabado.

Moraleja: Aunque tu principio sea pequeño, lleno de dificultades, tu futuro estado será mejor, siempre con Fe y esfuerzo.

Amarte en silencio

Martín Guzmán

No sé, lo ignoro, desconozco todo el tiempo que anduve sin encontrarla.

Nuevamente no sé si el reloj se detuvo o el universo se paralizó, lo único que sé es que fue eterno; el último adiós.

Sos como la luna inalcanzable, pero si pudiera vivir en ti, lo haría, para poder alcanzar la paz que solo en tu presencia puedo hallar.

Verte nuevamente me alegraría la vida, a pesar de que te siento todavía; recuerdo el viento soplando y cómo movía tu pelo. Era todo un encanto que me quedaba paralizado.

Los días de verano ya no son como antes, el sol no brilla tanto como lo hacía antes. Cada mañana que me levanto, te tengo presente en mi mente. Eso hace que mis días sean superdiferentes.

Te amo en silencio y lo haré hasta la muerte. Solo quiero... solo quiero tener la posibilidad de algún día poder volver a verte.

Por favor, que en la cancha estén

Jonatan Da Luz

José Luis y un grupo de jóvenes habían salido de fiesta, y, por circunstancias de la vida y el destino, tuvieron un accidente automovilístico, a metros de sus casas, cuando un camión los interceptó. Con unos giros volcaron con su auto y se incrustaron en la cancha donde ellos jugaban, desde la infancia; esa cancha que los vio crecer.

Marta, su madre, muy triste y desconsolada, miraba ese lugar con sus lágrimas sobre su rostro; era una forma de demostrarle a su pequeño hijo que ese era el lugar cedido para hacerle un santuario.

Pero pasando los años, llegó el dolor de esa madre al saber que ese predio había sido vendido y debían demoler todo. Ese lugar en el cual estaba el santuario de su hijo, en el cual estaban sus lágrimas, llantos, tristezas y recuerdos; en una sola palabra, su vida.

Y en un llanto desgarrador gritó: “POR FAVOR, por favor, que esta es la cancha de mi hijo, su santuario”.

Pero Julio, el hombre que había comprado el predio, fue conmovido a misericordia y tuvo compasión de esa mujer. Entonces Julio optó por cederle ese pequeño espacio de tierra donde estaba toda su vida; y se cumplió la promesa de que cuidaría a su hijo y que estarían juntos toda la eternidad.

Poesías



Del mar llega tu risa

José María Bagnato

He escrito estas estrofas
en la arena junto al mar,
contemplando caracolas
que juegan entre la sal.

Las olas muy tiernamente
van y vienen sin parar.
La luna resplandeciente
besa mi rostro al bajar.

Las estrellas muy brillantes
alumbran el horizonte
y se pierden titilantes
en la oscuridad de la noche.

Del mar me llega su risa
queriendo echarla al olvido.
Pero como una suave brisa
ella susurra en mi oído.

Y no dudo ni un momento.
Bellos recuerdos viví.
De la mar y sus sentimientos
estas líneas escribí.

Las estrofas las termino
como el poeta al andar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.

En la isla misteriosa

Darío Gaitán

Una mañana de verano
en mi barca La Grandiosa
me lancé yo navegando
hacia la isla misteriosa.

En medio de grandes olas,
de historias de mar y luna,
muchas embarcaciones
se perdían en la bruma.

Aviones, botes y barcos,
perdidos a la deriva.
Y aun pasando los años,
no hay señales de vida.

Y en medio de una tormenta
y de una gran tempestad,
las olas en una revuelta
me arrojaron hacia ese lugar.

Era una isla perdida
en el medio de la nada.
Embarcaciones en ruinas,
varadas en esas playas.

Van pasando día y noche
del día de mi partida.
Yo mirando el horizonte,
aún perdido en esa isla.

Y sigo aquí yo perdido
con mi necesidad imperiosa
de no quedar en el olvido
en la isla misteriosa.

Si tú supieras, mi amor

Ángel Argañaraz

Si tú supieras, mi amor,
cuánto te quiero,
cuánto te extraño,
cuánto te amo.

Si tú supieras, mi amor,
que aquí encerrado
estoy sufriendo.
Me está matando.

Y entre mis brazos no poderte yo tener.
Paso los días tratando de comprender
que estás lejana y cercana a la vez,
que entre tus brazos me quisiera desvanecer.

Si tú supieras, mi amor,
que tu silencio
y tus pocas palabras
me causan llanto.

Si tú supieras, mi amor,
cómo entiendo
que eres prohibida,
que no te alcanzo.

Pasan las horas y no puedo soportar
este delirio que me aterra y me hace mal.
Me he vuelto esclavo, prisionero de tu amor.
Aventurero que busca tu corazón.

El enamorado²

Darío Gaitán

Luna, marfiles, instrumentos, rosas, lámparas y la línea
de Durero, las nueve cifras y el cambiante cero.

Debo decir, que sí existen esas cosas.

Debo decir que fueron una vez Persépolis y la bella
Roma,

que una arena sutil midió la suerte de la almena, que
los siglos de arena deshicieron.

Debo apartar la mirada de las armas, la pira de la epopeya
y los pesados mares que roen de la tierra los pilares.

No debo fingir que hay otros, los cuales siempre existirán,
y entendí, entendí que no se trata de fingir o apartar
mi mirada de lo que fue lo que ya no está, sino de valorar
y recordar lo mejor que dejó, (que solo tú eres) tú, mi
desventura y mi aventura tan inagotable, y pura tú, que
iluminas mi rostro con el brillo de tus ojos.

² Este texto se realizó sobre la consigna de incorporar versos del poema homónimo de Jorge Luis Borges como incentivo a la creación poética.

Tú que eres mi luna, la que traza un camino sobre los mares de mi corazón; eres tú que, con tu resplandor, me guías a la realidad de vivir y no de fingir.

A Juan Gelman

Fernando Planes

Juan Gelman:
Tú que padeciste
este dolor en carne viva.
Innumerables tragedias
te sacaron tus seres queridos,
te sacaron toda la esperanza,
te sacaron todas las ganas de vivir.
Atrapado en la angustia,
con un nudo en la garganta,
sin poder decir nada.
Pero el miedo no te ganó,
tú venciste todos tus obstáculos,
recuperando tu nieta
después de 23 años.
Ahí tus fuerzas llegaron a tu corazón.
Encendiste el amor,
encendiste el poder de creer,
encendiste la esperanza de vivir,
encendiste tus poemas atrapantes.
Das valor y fuerza
a quien lea tus poemas

para que abra las ventanas y encare la vida.
Como tú que pudiste,
yo también puedo.

Sí, te encontré

Javier Fuentes

Sí, te encontré,
y no estoy dispuesto a perderte.
Lo maravilloso,
lo extraordinario
es poder soñar cada día.
Estar en ese lugar santo
es a tus pies cada instante.
Lo maravilloso
es poder ver a Jesús.
Sí, a nuestro Jesús.

Esa persona tan hermosa
que se refleja en cada palabra,
en cada actitud,
todos algún día la verán.

Pero más verán la recompensa
de aquellos que no se han rendido.
Por eso digo: sí, te encontré.
Y no estoy dispuesto a perderte,
cual mercader que guarda su perla más preciosa.

“El Aleph” desde mis ojos

Martín Córdoba

Temí que no quedara una sola cosa capaz de sorprenderme.

Temí que no me abandonara jamás la impresión de volver.

Felizmente al cabo de unas noches de insomnio, me trajo otra vez el olvido.

Que somos todo el pasado.

Que somos nuestra sangre.

Que somos la gente que hemos visto morir.

Somos los libros que nos han mejorado.

Que somos gratamente los otros.

Estos somos, y somos muchos,

más de lo que imaginamos,

Somos un mundo paralelo sobre el mismo eje,

donde nos consumimos, en desvelo,

y nos fundimos en amor.

Donde muchas veces nos abrazamos
para acompañar algún dolor.

Abrazamos otra alma donde fluye un amor.
 Que, si miras el cielo, lo entreverás con el mar.
 El azulado color te podrá cautivar.
 Llenará tus ojos de esplendor.
 Se encenderá el fuego en tu corazón.
 Lanzarás al cielo un “perdón”
 ¡¡¡Tus lágrimas caerán al mar!!!
 Y ahí, ahí tu vida comenzó.

Las golondrinas

Lucas Contreras

Enramada sin aroma
 la tradición argentina,
 no la aborda la glicina
 ni la ruya la paloma.
 La sequía de la loma.

Marchito, el trébol del olor
 El surco del arador
 abierto está esperando.
 El cantor, a la guitarra.
 Milonga bizarra, junto al asador.

Mi niña golondrina.
 Mi niña golondrina.
 Si por el cielo vas a andar
 como golondrina hacia el mar,
 detrás de tu vuelo iré
 para ver la inmensidad.

Vuela mi niña como golondrina
 cruzando el mar,

el viento cantando.
En las arboledas te seguirán.
Y también mis pensamientos.
Cuando mi vida
se esté apagando en el final.
Sangrando, mi alma mira al cielo.
Pediré volver a ver a mi niña,
hermosa golondrina.
Vuelve del más allá.
Y desde el fondo de la vida,
trae la luz cruzando el mar.

Fuego en Casabindo³

Horacio Paiz

El fuego sigue ardiendo.
Casabindo sigue sufriendo,
como si un mal
persiguiera al pueblo
afligido de Casabindo.

Un pueblo de dura cerviz,
gente incrédula
que necesita
de algo para creer,
de algo para aferrarse.

El jinete tuerto
que en su camino
fue perseguido
por el diablo.
Mito o realidad.

Casabindo es real.
Si el diablo apareció,
Jesucristo lo venció.

³ Inspirado en la novela "Fuego en Casabindo", de Héctor Tizón.

Mito y realidad del 2 a 0⁴

Cristian Cabrera

El fútbol es algo
hermoso de apreciar.
Tiene todos los colores
que puedas desear.
Tiene goles.

Tiene gambetas.
Tiene taquitos.
Tiene rabonas.
Tiene foul.
Y tiene penal.

El fútbol es
una gran pasión,
mueve multitudes
de pasiones

Cuando la redonda comienza a rodar,
los aires, a calentar.

⁴ Inspirado en el cuento "Mito o realidad del 2 a 0", de Eduardo Sacheri.

La fiesta va a empezar.
 Cada uno con su equipo
 sus fuerzas se desgastarán.
 Con gritos y cánticos
 su hinchada alentará,
 esperando los goles
 que ya han de llegar.

El 1 a 0
 alegra el corazón.
 El 2 a 0
 trae aflicción.
 Mito o realidad.

El 2 a 0
 hay que pasar.
 Cortando clavos está.
 El 2 a 0
 no es seguridad.

El 2 a 0
 apura al rival.
 Se hace peligroso
 al andar.

Humildad

Luciano Duarte

En la loza o en la lata,
 en charol o en alpargata.
 Con caviar o milanesa,
 con champagne o con cerveza.
 La amistad es una sola que se comparte en mi mesa.
 Y usted es parte de esa.

Publicar textos producidos por personas privadas de la libertad es visibilizar voces desoídas, voces calladas, voces que quieren decir y que buscan atravesar los muros para ser escuchadas.

“Historias cautivas, versos libres” es una obra que reúne relatos y poemas escritos por quienes se encuentran alojados en el penal de Urdampilleta —localidad ubicada en el centro de la provincia de Buenos Aires, Argentina— en el marco del programa Pabellones Literarios para la Libertad, una iniciativa conjunta del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos y del Servicio Penitenciario Bonaerense.

En las páginas de este libro, el lector encontrará relatos, historias, poemas; una producción literaria como resultado del trabajo que talleristas voluntarios han propuesto a quienes habitan los Pabellones 7 y 8 de la Unidad 17, en esa localidad de la provincia de Buenos Aires.

Este título es el primero de la **Colección Voces desde dentro**: el espacio editorial que inaugura la UCALP y que busca visibilizar y poner en circulación textos producidos en contextos de encierro.



EDITORIAL
UCALP

